

El tribunal eclesiástico fué presidido por Juan de Malestroit, asesorado por los obispos de Mans, de Saint-Brieuc y de Saint-Lô y de una serie de juristas: Guillermo de Montigné, Juan Blanchet, Guillermo Groyguet, Roberto de la Riviere, Hervé Lévi.

El promotor (fiscal) estaba representado por Guillermo Chapeiron, cura de San Nicolás, que tenía como ayudantes a Godofredo Pipraise, y Jacobo de Pentcoetdic. Al mismo tiempo quedó constituido el tribunal extraordinario de la Inquisición presidido por Juan Blouin, temible y docto delegado del gran Inquisidor en Francia; actuando de viceinquisitor Guillermo Mérici.

En presencia del tribunal, y tras las fórmulas obligadas de preámbulo, el promotor empieza a leer los fundamentos de la acusación que contra él existen. Gil interrumpe, diciendo que el Promotor es un embustero y un traidor. Ante el insulto, el Promotor extiende el brazo ante el Cristo que preside la Sala y jura decir la verdad e invita al Mariscal a que haga lo mismo. Gil, que no tembló ante ningún crimen ni sacrilegio, se niega perjurarse ante Dios.

Unos días después se reanudan los debates. El pobre pueblo tiembla de espanto, ante la voz de Chapeiron al enumerar uno por uno los crímenes que se imputan al acusado, y después de concluir la infame lista pide que Gil sea objeto de doble excomunión, por evocador de diablos, herético, apóstata y relapso, y como sodomita y sacrilego.

Gil de Rais, ante tan grande y exacta acusación, vuelve a insultar a los jueces, pero invitado por éstos a refutar las acusaciones y presentar su defensa, permanece mudo.

La sentencia de excomunión es hecha pública inmediatamente.

Al día siguiente, Gil de Rais, al encontrarse de nuevo ante el jurado, y en humilde actitud, pide perdón por los ultrajes y declara reconocer los poderes de los magistrados.

Tras varias sesiones que se destinaron a Prelatti y sus cómplices, Gil suplica se le oiga en confesión, primero ante los jueces que designe el tribunal y promete que luego hará pública confesión ante el pueblo y la corte.

En el triste calabozo de Gil, se presentan Pedro del Hospital y el Obispo de Saint-Brieuc, como delegados del tribunal para oírle en confesión; terminada ésta, ordenan traer a Prelatti. Al verle, derrama abundantes lágrimas, y al separarlos, para reintegrarlo a su calabozo, Gil le abraza y le dice: «Adiós, Francisco, amigo mío; nunca más volveremos a vernos en este mundo. Ruego a Dios que os dé paciencia y conocimiento, y estad seguro de que, si tenéis paciencia y esperanza en Dios, nos veremos con grande júbilo en el Paraíso. Rogad a Dios por mí y yo rogaré por vos».

Al otro día es el señalado para la pública confesión. La gran Sala del Juicio está rebosante de público, que además se extiende y apretuja por corredores, salones, escaleras, y que llena incluso calles y plazas.

La sala, iluminada profusamente, producía especial aspecto de majestuosidad y severidad.

Escoltado por gentes de armas, entra Gil de Rais; pero el que ahora vemos, es un Gil diferente del de días atrás; demacrado, macilento, ha envejecido veinte años en una noche, sus ojos arden, tiemblan sus labios y sus mejillas.

Con velada voz y derramando lágrimas, va contando lentamente sus depravaciones, vicios y crímenes y son tales cosas las que cuenta, que el obispo Juan de Malestroit se levanta de su sitio,

y dirigiéndose al Cristo, por pudor, le cubre la faz con un velo.

Y sigue, con lentitud aterradora, el relato de las atrocidades cometidos. Gil, de pie, sudoroso, parece hablar consigo mismo, prescinde de cuanto le rodea.

Quando ha terminado, le abandonan las fuerzas, cae de rodillas, invadido de angustia espantosa, y con voz cortada por sollozo exclama: «Oh, Dios, redentor mío, os pido misericordia y que me perdonéis!» Se dirige, a continuación al pueblo que le ha escuchado en silencio, y llorando todavía, les dice: «Vosotros los padres de los que maté tan cruelmente acorredme con el socorro de vuestras piadosas oraciones».

Juan de Malestroit levanta el reo, le abraza y le incita a la oración. Toda la sala se arrodilla y reza por el asesino.

Dos días después se verifica el juicio, y en él se pronuncian las dos sentencias de excomunión. Ante las súplicas del mariscal, son levantadas ambas excomuniones y de nuevo admitido a los Sacramentos. La Iglesia, ante el sincero arrepentimiento, se da por satisfecha.

Sólo quedaba ya la justicia humana.

La condena para él y sus cómplices era de ser colgados y quemados vivos. Gil suplica al obispo que interceda, cerca de los padres de sus víctimas, para que asistan a su suplicio.

Llegado este día, a las nueve de la mañana recorre la ciudad una larga procesión que canta salmos, y que llegada a la iglesia se compromete, por juramento, a ayunar por tres días a fin de asegurar el reposo eterno del mariscal.

A las once de la mañana, se dirige a la prisión a buscar a Gil de Rais, al que acompaña hasta la pradera de Biesse, en la que se alzan montones de leños, coronados por horcas.

Mientras caminan, el mariscal sostiene a sus cómplices, les abraza y les instaba a sentir «grande disgusto y contrición por sus fechorías». Ya en la pira expiatoria, se golpea el pecho y suplica a la Virgen que les perdone...

Mientras, el clero y el pueblo entero iba rezando, realmente compadecido de aquel hombre, y pedía a Dios el perdón y el eterno descanso de su alma.

Muchos años han transcurrido, los crímenes de Gil de Rais, han sido perdonados. Pero nadie que los haya oído una vez, los podrá olvidar en su vida... por mucho que viva.

